EL
RUMOR
DE LAS
ESTRELLAS
MUERTAS
Todo lo que fue luz,
sigue viajando en silencio.
Todo lo que amamos,
permanece.
FERNANDO CEMBORAIN

El rumor de las estrellas muertas

Fernando Cemborain

Epígrafe

Hay estrellas que han desaparecido hace millones de años.

Sin embargo, su luz continúa viajando.

Quizá toda vida sea una forma de luz.

Prólogo

Hay preguntas que acompañan a la humanidad desde el comienzo de su historia.

Preguntas que sobrevivieron a imperios, religiones, revoluciones y descubrimientos.

Preguntas que ningún avance técnico ha conseguido eliminar.

¿Qué somos?

¿Por qué existimos?

¿Qué significa vivir?

¿Qué ocurre cuando morimos?

No importa cuánto cambien los siglos. Estas preguntas permanecen.

Quizá porque hablan de aquello que nunca deja de ser importante.

La muerte es una de las pocas certezas compartidas por todos los seres humanos.

Sabemos que llegará.

Ignoramos cuándo.

Ignoramos cómo.

Y, sobre todo, ignoramos qué significa realmente.

A lo largo de la vida intentamos responder de muchas maneras.

A través de la filosofía.

De la religión.

Del arte.

De la ciencia.

Del amor.

De la memoria.

Cada una de estas búsquedas ilumina una parte del misterio.

Ninguna parece agotarlo por completo.

Este libro no pretende resolver aquello que ha desafiado a generaciones enteras.

No ofrece revelaciones.

No ofrece certezas.

Tampoco propone una doctrina.

Nació de una inquietud más sencilla y más antigua.

La necesidad de pensar.

La necesidad de mirar de frente las preguntas que suelen acompañarnos en silencio.

La muerte.

El sentido.

La memoria.

La esperanza.

La posibilidad de permanecer.

Las páginas que siguen recorren esos territorios.

No como quien traza un mapa definitivo.

Más bien como quien camina de noche guiado por luces lejanas.

Algunas de esas luces quizá ya no existan.

Sin embargo, continúan llegando hasta nosotros.

Tal vez ocurra algo parecido con ciertas preguntas.

Las heredamos de quienes vivieron antes.

Las transmitimos a quienes vivirán después.

Y mientras tanto intentamos comprender qué hacer con este breve e irrepetible intervalo que llamamos vida.

Si existe una aspiración en estas páginas, no es la de alcanzar una respuesta final.

Es la de habitar el misterio con mayor lucidez.

Porque quizá la sabiduría no consista en eliminar todas las preguntas.

Quizá consista en aprender a convivir con ellas.

Capítulo I

La única cita que nadie cancela

La muerte tiene una extraña cortesía.

Nunca llega sin anunciarse.

Desde el instante en que nacemos, comienza a caminar hacia nosotros.

No sabemos dónde está. No sabemos a qué distancia se encuentra. No sabemos cuánto le falta para llegar.

Pero sabemos que viene.

Tal vez sea la única certeza absoluta que poseemos.

Todo lo demás admite discusión.

Las opiniones cambian.

Las creencias se contradicen.

Los recuerdos se deforman.

Incluso aquello que hoy parece indudable puede desmoronarse mañana.

La muerte, en cambio, permanece.

Silenciosa.

Paciente.

Inalterable.

No necesita convencernos de nada.

No necesita demostrar su existencia.

Nos espera.

Resulta curioso que la mayor certeza de la vida sea también aquello de lo que menos queremos hablar.

Construimos ciudades, escribimos libros, fundamos familias, iniciamos guerras, inventamos dioses y teorías científicas.

Sin embargo, evitamos mirar de frente aquello que da forma al límite de todas esas cosas.

Quizá porque la muerte se parece a un espejo extraño.

Cuando la observamos, terminamos observándonos a nosotros mismos.

Pensar en la muerte no consiste solamente en pensar en el final.

Consiste en preguntarse qué es exactamente aquello que termina.

¿Muere el cuerpo?

Sin duda.

¿Mueren los recuerdos?

Tarde o temprano.

¿Muere el nombre?

Casi siempre.

Basta recorrer un cementerio antiguo para comprobarlo.

Hay lápidas cuyos nombres ya no significan nada para nadie.

Personas que alguna vez fueron indispensables para alguien.

Personas que amaron.

Que temieron.

Que soñaron.

Que creyeron que el mundo no podría continuar sin ellas.

Y sin embargo el mundo continuó.

La lluvia siguió cayendo.

Los árboles siguieron creciendo.

Las estaciones siguieron repitiendo su antigua rutina.

La vida tiene una manera particular de seguir adelante.

No se detiene frente a ninguna ausencia.

Esto puede parecer cruel.

También puede parecer hermoso.

El río no conserva la forma de las manos que tocaron su agua.

Y aun así continúa fluyendo.

Tal vez nuestra dificultad para aceptar la muerte provenga de una confusión.

Creemos que el universo nos debe permanencia.

Actuamos como si existir fuera adquirir algún derecho secreto a continuar existiendo.

Pero nada en la naturaleza parece funcionar de ese modo.

Las hojas caen.

Las montañas se erosionan.

Las estrellas se apagan.

Los océanos cambian de forma.

¿Por qué nosotros habríamos de ser la excepción?

Aun así, algo dentro de nosotros se resiste.

Algo se rebela.

Hay una parte de la conciencia que parece incapaz de imaginar su propia ausencia.

Podemos pensar en el fin del mundo.

Podemos imaginar ciudades vacías.

Podemos imaginar galaxias extinguidas.

Pero cuando intentamos imaginar nuestra propia inexistencia aparece una especie de niebla.

El pensamiento llega hasta cierto punto y luego se detiene.

Como un caminante que alcanza el borde de un precipicio.

Quizá por eso la muerte ha producido tantas preguntas y tan pocas respuestas.

No sabemos qué ocurre después.

Ni siquiera sabemos si la palabra "después" tiene sentido.

La muerte podría ser una puerta.

Podría ser un muro.

Podría ser un despertar.

Podría ser un sueño sin sueños.

Ignoramos casi todo.

Y tal vez sea precisamente esa ignorancia la que vuelve tan inquietante el asunto.

No le tememos únicamente a la muerte.

Le tememos al misterio.

Hay dolores que soportamos mejor que las preguntas.

La incertidumbre pesa de una manera particular.

No hiere como una herida.

No golpea como una pérdida.

Simplemente permanece.

Como una sombra sentada en un rincón de la habitación.

La filosofía nació muchas veces de esa sombra.

No para eliminarla.

No para expulsarla.

Sino para aprender a convivir con ella.

Quizá pensar en la muerte no sea un ejercicio de oscuridad.

Quizá sea una forma de claridad.

La conciencia de que el tiempo es limitado transforma todas las cosas.

Una flor eterna sería una decoración.

Una flor efímera puede convertirse en un milagro.

Lo que termina adquiere valor precisamente porque termina.

La fragilidad no disminuye la belleza.

La hace visible.

Y tal vez la muerte, antes de ser una respuesta, sea una pregunta.

La pregunta que acompaña silenciosamente a todas las demás.

¿Qué haremos con el tiempo que nos ha sido dado?

Capítulo II

La memoria de los que quedan

Ante la certeza de la muerte, los seres humanos hemos buscado distintas formas de permanecer.

Algunos construyeron monumentos.

Otros escribieron libros.

Otros dejaron descendencia.

Otros simplemente intentaron ser recordados.

Tal vez la primera inmortalidad imaginada por nuestra especie no haya sido la del alma.

Tal vez haya sido la memoria.

La esperanza de continuar viviendo en el corazón de alguien.

Hay algo profundamente conmovedor en esa idea.

Morir y, aun así, seguir habitando una conversación.

Seguir apareciendo en una fotografía.

Seguir provocando una sonrisa.

Seguir existiendo cada vez que alguien pronuncia nuestro nombre.

De algún modo, eso ocurre.

Quien ha amado a una persona ausente conoce esa experiencia.

A veces una voz regresa sin ser llamada.

Una frase escuchada décadas atrás reaparece con absoluta nitidez.

Un gesto olvidado vuelve a manifestarse en medio de una tarde cualquiera.

Los muertos poseen una extraña manera de permanecer.

No están.

Y sin embargo aparecen.

No hablan.

Y sin embargo responden.

No caminan junto a nosotros.

Y aun así modifican el rumbo de nuestros pasos.

Quizá la memoria sea una forma discreta de resurrección.

No devuelve los cuerpos.

No detiene el tiempo.

Pero rescata algo del naufragio.

Conserva fragmentos.

Pequeñas luces flotando sobre la oscuridad.

Sin embargo, la memoria también tiene sus límites.

Recordar no es conservar.

Recordar es reconstruir.

Y toda reconstrucción transforma aquello que intenta preservar.

Los recuerdos no son fotografías.

Son pinturas que se modifican cada vez que volvemos a mirarlas.

Con el tiempo olvidamos detalles.

Confundimos fechas.

Alteramos palabras.

Añadimos emociones que originalmente no estaban allí.

La memoria se parece menos a un archivo y más a un jardín.

Algunas cosas florecen.

Otras desaparecen sin que sepamos exactamente cuándo.

Hay rostros que alguna vez creímos imposibles de olvidar y que terminan volviéndose borrosos.

Hay voces que se desvanecen.

Hay nombres que comienzan a alejarse lentamente de nosotros.

No por falta de amor.

Simplemente porque el tiempo continúa trabajando.

El tiempo es un escultor paciente.

No destruye de golpe.

Desgasta.

Su herramienta favorita no es la violencia.

Es la repetición.

Un día sucede algo.

Luego otro día.

Luego miles.

Y aquello que parecía imborrable comienza a diluirse.

No porque haya sido insignificante.

Sino porque todo lo humano es vulnerable al paso de los años.

Existe una tristeza particular en esta constatación.

La persona que más nos amó también desaparecerá algún día.

Y quienes la recuerden desaparecerán después.

Y quienes recuerden a quienes la recordaron harán lo mismo.

La cadena continúa hasta perderse en la distancia.

Cada generación sostiene una antorcha durante un instante.

Después la entrega.

Después desaparece.

Quizá por eso tantos seres humanos han sentido vértigo al pensar en el olvido.

No basta con morir.

Además existe la posibilidad de ser olvidados.

Y para muchos esa segunda muerte parece aún más inquietante que la primera.

Pero conviene preguntarse algo.

¿Por qué deseamos tanto ser recordados?

¿Buscamos realmente la memoria de los demás?

¿O buscamos una garantía contra nuestra propia desaparición?

Tal vez confundimos ambas cosas.

Queremos que alguien conserve nuestro nombre porque intuimos que el nombre es una prolongación de nuestra existencia.

Como si la permanencia de una palabra pudiera derrotar la fragilidad de una vida.

Sin embargo, la historia ofrece una lección curiosa.

La inmensa mayoría de los seres humanos que han existido han sido olvidados.

No conocemos sus nombres.

No sabemos qué soñaban.

Ignoramos sus miedos.

Ignoramos sus alegrías.

Y aun así vivieron.

Amaron.

Sufrieron.

Esperaron.

La falta de memoria no anuló la realidad de sus vidas.

Un árbol no deja de haber florecido porque nadie lo recuerde.

Una canción no deja de haber sido hermosa porque ya nadie pueda cantarla.

La existencia de algo y su recuerdo no son exactamente la misma cosa.

Quizá aquí aparezca una posibilidad inesperada.

Tal vez el valor de una vida no dependa de cuánto tiempo sea recordada.

Tal vez dependa de haber sido vivida.

Una madre que consuela a su hijo durante la noche modifica el universo, aunque dentro de trescientos años nadie conozca su nombre.

Un amigo que permanece cuando todos se alejan modifica el universo.

Una palabra de amor modifica el universo.

No porque sea eterna.

Sino porque es real.

La obsesión por permanecer puede hacernos olvidar algo importante.

La vida ocurre mientras está ocurriendo.

No después.

No en la memoria futura.

No en los libros de historia.

No en los monumentos.

Ocurre aquí.

En este instante irrepetible.

Quizá la memoria sea un regalo.

Pero no una salvación.

Puede prolongar una presencia.

No puede abolir una ausencia.

Puede conservar ecos.

No puede detener el tiempo.

Aun así, esos ecos tienen valor.

Porque revelan algo esencial.

Que los seres humanos nos transformamos mutuamente.

Que nadie atraviesa la vida sin dejar huellas.

Que incluso cuando los nombres desaparecen, algo de lo vivido continúa propagándose de formas invisibles.

Como las ondas que deja una piedra después de hundirse.

La piedra desaparece bajo el agua.

Las ondas siguen viajando un poco más.

Tal vez nosotros también.

Capítulo III

Las huellas invisibles

Si la memoria no puede salvarnos del olvido, todavía queda una pregunta.

¿Qué ocurre con todo aquello que provocamos mientras estuvimos aquí?

La cuestión parece sencilla.

Sin embargo, cuanto más se la observa, más extraña se vuelve.

Ninguna vida transcurre en aislamiento.

Incluso quien desea desaparecer del mundo deja alguna marca sobre él.

Una palabra modifica una conversación.

Una conversación modifica una decisión.

Una decisión modifica una existencia.

Y esa existencia modifica otras.

Las consecuencias viajan más lejos de lo que alcanzamos a ver.

La mayor parte de ellas permanecen ocultas.

Vivimos rodeados de efectos que desconocemos.

Un maestro pronuncia una frase que un alumno recuerda durante décadas.

Una persona ayuda a otra en un momento difícil.

Años después, esa ayuda influye sobre alguien más.

La cadena continúa.

A veces durante generaciones.

A veces durante apenas unos días.

Pero continúa.

La realidad parece estar tejida por incontables hilos invisibles.

Cada vida mueve algunos de ellos.

Nadie sabe exactamente cuáles.

Ni hasta dónde llegan.

Quizá por eso resulta tan difícil medir la importancia de una existencia.

Estamos acostumbrados a valorar lo que puede verse.

La fama.

El reconocimiento.

Los logros.

Los monumentos.

Pero muchas de las transformaciones más profundas ocurren lejos de cualquier escenario.

Una raíz no recibe aplausos.

Y sin embargo sostiene al árbol.

Hay personas cuya influencia fue inmensa y jamás aparecerán en un libro de historia.

Personas que ofrecieron compañía cuando alguien estaba a punto de rendirse.

Personas que enseñaron a amar.

Personas que mostraron un camino.

Personas que evitaron una herida sin que nadie llegara a saberlo.

La historia suele recordar a quienes cambiaron el mundo.

La vida cotidiana está sostenida por quienes cambiaron una sola vida.

Y quizá ambas cosas tengan un valor parecido.

Existe una tendencia humana a imaginar que únicamente lo extraordinario merece permanecer.

Pero la realidad parece sugerir otra cosa.

La lluvia no transforma el paisaje por una sola gota.

Lo transforma por millones.

Lo pequeño también participa de lo decisivo.

Un gesto insignificante puede alterar una jornada.

Una jornada puede alterar una vida.

Una vida puede alterar muchas otras.

No siempre comprendemos la magnitud de nuestras acciones porque observamos el tiempo desde una posición demasiado breve.

Vemos apenas un fragmento del tejido.

Nunca el dibujo completo.

Quizá por eso sentimos que nuestras vidas son más pequeñas de lo que realmente son.

Confundimos lo visible con lo importante.

Sin embargo, tampoco conviene exagerar esta idea.

Las huellas invisibles no constituyen una prueba de inmortalidad.

Tarde o temprano, incluso las consecuencias de nuestros actos parecen diluirse.

Las civilizaciones desaparecen.

Las lenguas se extinguen.

Los continentes cambian.

Las estrellas envejecen.

El universo mismo parece dirigirse hacia transformaciones que exceden cualquier escala humana.

Si observamos el tiempo suficiente, todo parece deshacerse.

Las huellas también.

Las ondas también.

Los ecos también.

Entonces la pregunta regresa.

Si incluso nuestras influencias terminan desapareciendo, ¿qué permanece realmente?

Quizá nada.

Quizá algo.

No lo sabemos.

Pero la cuestión empieza a desplazarse.

Ya no preguntamos únicamente qué sobrevive.

Comenzamos a preguntarnos por qué exigimos que algo sobreviva.

¿Por qué la permanencia se ha convertido en la medida del valor?

Una flor dura pocos días.

Un atardecer apenas unos minutos.

Una melodía algunos instantes.

Y sin embargo nadie concluye que carecen de belleza.

Aceptamos su fragilidad.

Incluso la consideramos parte de su encanto.

Tal vez hemos aprendido a contemplar la fugacidad de las cosas, excepto cuando se trata de nosotros mismos.

Con nosotros somos más severos.

Más exigentes.

Queremos una garantía.

Queremos una permanencia que la naturaleza nunca prometió.

Queremos una excepción.

Pero quizá la pregunta correcta no sea cuánto dura una huella.

Quizá sea si la huella fue real.

Un abrazo no pierde su valor porque termina.

Una conversación no se vuelve inútil porque concluye.

Una vida no necesariamente carece de sentido porque sea breve.

La duración y el significado no son sinónimos.

A veces los confundimos.

Y de esa confusión nacen muchas angustias.

Pensamos que sólo vale aquello que permanece.

Pero las cosas más importantes de la existencia suelen ocurrir precisamente porque no permanecen.

El instante tiene valor porque no vuelve.

La oportunidad tiene valor porque puede perderse.

La vida tiene valor porque es limitada.

Quizá la muerte no sea únicamente aquello que pone fin a la vida.

Quizá sea también aquello que le otorga forma.

Como el marco que vuelve visible una pintura.

Como la costa que permite distinguir el mar.

Sin límite no habría figura.

Sin final no habría historia.

Y sin muerte, tal vez, tampoco habría urgencia para vivir.

La pregunta continúa abierta.

No sabemos si algo de nosotros permanece.

No sabemos si existe una dimensión donde las huellas nunca desaparecen.

No sabemos si hay una memoria más vasta que todas las memorias humanas.

Pero empezamos a sospechar algo.

Tal vez el sentido de una vida no dependa exclusivamente de lo que queda después.

Tal vez dependa también de lo que ocurre mientras está aquí.

Y esa sospecha nos conduce a una pregunta aún más antigua.

Si la muerte es inevitable, ¿por qué vivimos como vivimos?

Capítulo IV

La pregunta por el sentido

Hay preguntas que aparecen una vez y desaparecen.

Otras regresan.

Cambian de forma, de palabras, de contexto.

Pero regresan.

La pregunta por el sentido pertenece a esta última clase.

Acompaña a la humanidad desde que comenzó a preguntarse por sí misma.

¿Qué estamos haciendo aquí?

¿Para qué vivimos?

¿Existe algún propósito?

¿O somos apenas una casualidad consciente observando un universo indiferente?

La muerte vuelve inevitables estas preguntas.

Mientras nos creemos eternos, podemos postergarlas.

Cuando comprendemos que nuestro tiempo es limitado, empiezan a exigir una respuesta.

O al menos una reflexión.

Sin embargo, el sentido tiene una característica curiosa.

Parece resistirse a las definiciones.

Cuanto más intentamos encerrarlo en una fórmula, más se nos escapa.

Quizá porque no es un objeto.

No puede señalarse con el dedo.

No ocupa un lugar.

No pesa.

No tiene color.

Y aun así determina la manera en que vivimos.

Una persona capaz de encontrar sentido puede soportar dificultades enormes.

Una persona que lo ha perdido puede sentirse vacía incluso en medio de la abundancia.

Por eso la pregunta es importante.

No por curiosidad intelectual.

Sino porque influye directamente sobre la existencia.

Algunos sostienen que el sentido viene dado desde fuera.

Por Dios.

Por la naturaleza.

Por algún orden superior.

Según esta perspectiva, la tarea humana consiste en descubrirlo.

Como quien encuentra un mapa ya dibujado.

Otros afirman lo contrario.

Dicen que el universo no posee ningún propósito previo.

Que somos nosotros quienes debemos crearlo.

Como quien recibe una hoja en blanco.

Ambas posiciones poseen fuerza.

Ambas poseen dificultades.

Y ninguna parece resolver completamente el misterio.

Quizá porque el problema no sea tan simple.

Pensamos el sentido como si fuera una respuesta.

Tal vez también sea una actividad.

Algo que se construye.

Algo que se cultiva.

Algo que se vive.

No únicamente algo que se encuentra.

Imaginemos a una persona observando el mar.

Podría preguntarse cuál es el sentido exacto de esa experiencia.

Podría analizarla.

Podría buscar explicaciones.

Sin embargo, mientras formula teorías, el mar continúa allí.

Las olas continúan llegando.

La experiencia continúa ocurriendo.

Hay aspectos de la vida que parecen comprenderse mejor cuando son vividos que cuando son definidos.

El amor es uno de ellos.

La amistad también.

La belleza también.

Quizá el sentido pertenezca a la misma familia.

No significa que debamos abandonar la reflexión.

Significa que la reflexión tiene límites.

Una brújula puede señalar una dirección.

No puede realizar el viaje.

Durante siglos hemos imaginado el sentido como una especie de tesoro escondido.

Algo que debemos descubrir para justificar nuestra existencia.

Pero quizá la vida no funcione de ese modo.

Quizá el sentido no sea una recompensa al final del camino.

Quizá sea una manera de recorrerlo.

Esto no elimina las dificultades.

El sufrimiento sigue existiendo.

La injusticia sigue existiendo.

La pérdida sigue existiendo.

La muerte sigue existiendo.

Ninguna filosofía honesta puede ignorar esos hechos.

Hay dolores que no encuentran explicación satisfactoria.

Hay tragedias que desafían cualquier intento de justificación.

Frente a ellas, las respuestas rápidas suelen parecer una falta de respeto.

A veces el silencio posee más dignidad que las certezas apresuradas.

Quizá por eso la sabiduría no consista en responder todas las preguntas.

Quizá consista en aprender cuáles pueden responderse y cuáles deben acompañarse.

La muerte pertenece a estas últimas.

La observamos.

La pensamos.

La rodeamos con palabras.

Pero continúa siendo más grande que nuestras explicaciones.

Y sin embargo algo extraordinario ocurre.

A pesar de la incertidumbre, seguimos viviendo.

Seguimos amando.

Seguimos haciendo proyectos.

Seguimos sembrando árboles cuya sombra quizá nunca disfrutaremos.

Hay una confianza misteriosa en esos actos.

Como si una parte de nosotros comprendiera que el valor de una acción no depende exclusivamente de sus garantías.

Un jardinero planta sin conocer el futuro.

Un artista crea sin saber si será recordado.

Un padre educa sin controlar el resultado final.

La vida parece avanzar gracias a personas que actúan sin poseer certezas absolutas.

Tal vez ahí se esconda una pista.

Quizá el sentido no nazca de la seguridad.

Quizá nazca del compromiso.

No de saberlo todo.

Sino de participar.

No de controlar el desenlace.

Sino de habitar plenamente el trayecto.

Después de todo, casi nada importante en la existencia viene acompañado de garantías.

Amamos sin garantías.

Confiamos sin garantías.

Esperamos sin garantías.

Vivimos sin garantías.

¿Por qué el sentido habría de ser diferente?

La pregunta sigue abierta.

Pero comienza a transformarse.

Ya no preguntamos solamente si la vida tiene sentido.

Comenzamos a preguntarnos qué cosas hacen que una vida se sienta significativa.

Y al formular esa pregunta, una palabra aparece inevitablemente.

Amor.

Capítulo V

Lo que el amor se niega a olvidar

Si la muerte es la gran pregunta, el amor parece ser la gran objeción.

No una respuesta.

No una refutación.

Una objeción.

La muerte nos dice que todo termina.

El amor actúa como si algunas cosas no debieran terminar nunca.

Por eso ambos se encuentran tan a menudo.

En los recuerdos.

En las despedidas.

En las fotografías guardadas durante décadas.

En las lágrimas que aparecen mucho tiempo después de una pérdida.

Amar es una experiencia extraña.

Nos permite salir de nosotros mismos.

Durante unos instantes, otra persona deja de ser un objeto más dentro del mundo.

Se vuelve única.

Irremplazable.

Su alegría nos alegra.

Su dolor nos duele.

Su presencia modifica la forma en que percibimos la realidad.

El amor altera nuestras prioridades.

Reordena el universo.

Lo curioso es que nada de esto puede medirse.

No tiene peso.

No tiene volumen.

No aparece en los mapas.

Y sin embargo influye sobre nuestras decisiones más importantes.

Muchas personas afirman buscar el éxito.

Otras dicen buscar conocimiento.

Otras persiguen reconocimiento.

Pero cuando observamos con atención las vidas humanas, descubrimos algo llamativo.

La mayoría de nuestros recuerdos más valiosos involucran personas.

No cosas.

Un abrazo.

Una conversación.

Una mirada.

Una reconciliación.

Una despedida.

La memoria parece conservar mejor los afectos que los objetos.

Tal vez porque el ser humano no fue hecho para existir solo.

Incluso quienes aman la soledad necesitan, en algún momento, una presencia.

Una voz.

Una compañía.

Alguien que confirme que no atravesamos el mundo completamente solos.

Pero el amor también enfrenta un problema.

Todo aquello que ama es mortal.

Toda persona abrazada algún día será soltada.

Toda conversación tendrá una última palabra.

Toda historia compartida llegará a una página final.

Quizá por eso el amor contiene una pequeña dosis de tristeza desde el principio.

No porque esté destinado al fracaso.

Sino porque sabe lo que está en juego.

Cada encuentro lleva escondida una despedida futura.

Cada nacimiento inaugura una pérdida posible.

Cada "te quiero" se pronuncia bajo la sombra de la finitud.

Y aun así seguimos amando.

Eso merece atención.

Podríamos protegernos.

Podríamos evitar los vínculos.

Podríamos encerrarnos detrás de una prudente distancia emocional.

Sin embargo, la mayoría de las personas no lo hace.

Aceptan el riesgo.

Aceptan la vulnerabilidad.

Aceptan la posibilidad del dolor.

Como si intuyeran que una vida sin heridas también sería una vida sin profundidad.

Hay una enseñanza silenciosa en esa actitud.

El amor parece demostrar que el valor de algo no depende de su duración.

Una conversación puede durar una hora y cambiar una existencia.

Una amistad puede durar unos años y acompañarnos toda la vida.

Un instante puede dejar una marca más profunda que una década.

La intensidad y la duración no siempre avanzan juntas.

Solemos olvidarlo.

Vivimos en una cultura que admira lo grande, lo permanente y lo visible.

Pero el amor suele actuar de otra manera.

Trabaja en escalas pequeñas.

En gestos discretos.

En detalles que parecen insignificantes.

Una mano sostenida en un hospital.

Una silla acercada a una mesa.

Un mensaje enviado en el momento justo.

Una presencia que no resuelve nada, pero permanece.

Quizá por eso el amor resulta tan difícil de definir.

Porque no es una teoría.

Es una práctica.

No es una conclusión.

Es una forma de estar.

Y cuando observamos las vidas que consideramos valiosas, descubrimos que casi siempre están atravesadas por esa forma de estar.

Incluso las personas más racionales terminan reconociendo algo parecido.

No recordamos únicamente lo que hicimos.

Recordamos con quién lo compartimos.

No recordamos solamente los lugares.

Recordamos las presencias.

No recordamos únicamente los acontecimientos.

Recordamos el vínculo.

Tal vez el amor sea una manera de decirle a otra persona:

"Tu existencia importa."

Y tal vez escuchar esas palabras, aunque nunca sean pronunciadas literalmente, sea una de las experiencias más significativas de la condición humana.

Ahora bien, esto no resuelve el problema de la muerte.

Las personas que amamos siguen muriendo.

Nosotros seguimos muriendo.

Las ausencias continúan existiendo.

El dolor continúa existiendo.

Pero algo cambia.

Porque cuando una vida ha sido atravesada por el amor, la pregunta por el sentido ya no se formula del mismo modo.

La cuestión deja de ser únicamente cuánto duramos.

Empieza a ser cómo vivimos.

A quién cuidamos.

Qué entregamos.

Qué recibimos.

Qué hicimos con el breve tiempo compartido.

Quizá el amor no derrote a la muerte.

Nada indica que pueda hacerlo.

Pero tampoco parece rendirse ante ella.

Incluso después de una pérdida, continúa actuando.

Permanece en los recuerdos.

Permanece en los hábitos.

Permanece en las decisiones.

Permanece en la manera en que alguien sigue mirando el mundo.

Como una luz que continúa viajando después de que la estrella ha desaparecido.

Tal vez no sepamos qué ocurre con nosotros después de morir.

Pero sí sabemos algo.

Mientras vivimos, tenemos la capacidad de convertirnos en parte de la historia de otro ser humano.

Y quizá eso no sea una respuesta definitiva.

Pero tampoco es algo pequeño.

Porque una vida puede ser breve.

Puede ser frágil.

Puede incluso ser olvidada.

Y aun así haber estado llena de significado.

La pregunta entonces cambia una vez más.

Si el amor otorga profundidad a la existencia, ¿qué hacemos con el sufrimiento que inevitablemente lo acompaña?

Capítulo VI

El precio de estar vivos

Hay preguntas que nacen del asombro.

Otras nacen del dolor.

La pregunta por el sufrimiento pertenece a las segundas.

Pocas experiencias resultan tan difíciles de aceptar.

La alegría no necesita explicación.

El dolor sí.

Cuando algo hermoso sucede, solemos recibirlo sin demasiadas objeciones.

Cuando algo terrible ocurre, inmediatamente preguntamos por qué.

¿Por qué esta enfermedad?

¿Por qué esta pérdida?

¿Por qué esta injusticia?

¿Por qué esta muerte?

A veces encontramos respuestas parciales.

Otras veces no encontramos ninguna.

Y es precisamente allí donde comienza la dificultad.

El sufrimiento posee una capacidad singular.

Rompe nuestras teorías.

Aquello que parecía claro deja de serlo.

Aquello que parecía seguro se vuelve frágil.

Un solo acontecimiento puede alterar la arquitectura completa de una vida.

Basta una llamada telefónica.

Un diagnóstico.

Una despedida inesperada.

Un accidente.

Hay días que dividen la existencia en dos partes.

Lo que éramos antes.

Y lo que fuimos después.

Todos conocemos, de una forma u otra, esa experiencia.

La fragilidad no es una excepción en la vida.

Es una de sus condiciones.

Sin embargo, pasamos gran parte del tiempo intentando olvidarlo.

Hacemos planes.

Organizamos calendarios.

Imaginamos futuros.

Y está bien que así sea.

Nadie podría vivir de otro modo.

Pero debajo de toda organización permanece una verdad silenciosa.

Nada está garantizado.

Ni las personas.

Ni los proyectos.

Ni el mañana.

Esta constatación puede generar angustia.

También puede generar lucidez.

Depende de cómo la miremos.

Una persona que cree poseer tiempo infinito suele postergar lo importante.

Una persona consciente de su fragilidad aprende a distinguir mejor entre lo esencial y lo accesorio.

La muerte no crea valor.

Pero lo revela.

El sufrimiento suele producir un efecto parecido.

Nos obliga a revisar prioridades.

A veces descubrimos que dedicábamos enormes cantidades de energía a cuestiones insignificantes.

A veces descubrimos que aquello que parecía secundario era, en realidad, fundamental.

Una conversación.

Un afecto.

Una tarde compartida.

Una reconciliación pendiente.

De pronto adquieren un peso distinto.

No porque hayan cambiado.

Porque nosotros hemos cambiado.

Existe una tentación frecuente cuando hablamos del dolor.

Intentar justificarlo.

Buscar una explicación capaz de volverlo aceptable.

Pero muchas veces esa explicación no existe.

O al menos no está a nuestro alcance.

Hay sufrimientos que enseñan.

Hay otros que simplemente duelen.

Confundir ambas cosas puede resultar injusto.

No toda herida contiene una lección.

No toda pérdida trae consigo una recompensa secreta.

A veces una pérdida es simplemente una pérdida.

Y reconocerlo también forma parte de la honestidad.

Sin embargo, existe una diferencia importante entre afirmar que el dolor carece de explicación y afirmar que carece de significado.

No son lo mismo.

La explicación busca causas.

El significado busca modos de habitar una experiencia.

Quizá no podamos comprender completamente por qué ocurren ciertas cosas.

Pero sí podemos decidir qué hacemos con ellas.

Dos personas pueden atravesar sufrimientos similares y salir transformadas de maneras muy distintas.

No porque una sea más fuerte.

No porque una sea mejor.

Sino porque cada conciencia responde de manera singular al desafío que enfrenta.

La adversidad no revela automáticamente el carácter.

Lo pone a prueba.

Y en esa prueba aparecen aspectos de nosotros mismos que desconocíamos.

Coraje.

Resentimiento.

Compasión.

Amargura.

Generosidad.

Desesperación.

Esperanza.

Todo ello forma parte de la misma condición humana.

Hay quienes afirman que el sufrimiento vuelve más sabias a las personas.

No siempre es cierto.

El dolor puede ampliar una mirada.

También puede cerrarla.

Puede profundizar una vida.

También puede endurecerla.

Nada está garantizado.

Ni siquiera las lecciones del dolor.

Pero existe algo que el sufrimiento suele destruir con eficacia.

La ilusión de control absoluto.

Nos recuerda que no somos dueños completos de nuestra historia.

Participamos en ella.

La escribimos parcialmente.

Pero nunca controlamos todas sus páginas.

Y quizá esa constatación sea una de las más difíciles de aceptar.

Nos gusta pensar que la vida responde a nuestros cálculos.

La realidad rara vez comparte ese entusiasmo.

La existencia posee una cuota inevitable de incertidumbre.

La muerte nos lo recuerda.

El sufrimiento también.

Sin embargo, aquí aparece una paradoja.

Aquello que vuelve vulnerable a la vida también la vuelve valiosa.

Si nada pudiera perderse, nada sería precioso.

Si nada pudiera terminar, nada sería urgente.

Si ninguna despedida fuera posible, ningún encuentro tendría la misma intensidad.

La fragilidad no es solamente una limitación.

Es también la condición que vuelve significativas muchas de nuestras experiencias.

Un vaso de cristal es más delicado que una piedra.

Precisamente por eso lo cuidamos.

Lo que puede romperse reclama atención.

Tal vez ocurra algo parecido con la existencia.

Quizá una vida valiosa no sea aquella que logra escapar de toda herida.

Quizá sea aquella que, aun siendo vulnerable, permanece abierta al mundo.

Abierta al amor.

Abierta a la belleza.

Abierta al encuentro.

Incluso sabiendo que todo ello implica riesgos.

Porque evitar el sufrimiento por completo tendría un precio demasiado alto.

Significaría evitar también aquello que da profundidad a la experiencia humana.

No existe amor sin posibilidad de pérdida.

No existe confianza sin posibilidad de decepción.

No existe esperanza sin posibilidad de fracaso.

Vivir implica exponerse.

Y exponerse implica aceptar cierta dosis de dolor.

Ese parece ser el precio.

No un castigo.

No una condena.

Simplemente una consecuencia de estar vivos.

La pregunta entonces ya no es cómo eliminar completamente el sufrimiento.

Tal vez sea imposible.

La pregunta es cómo vivir de manera que el dolor no tenga la última palabra.

Y esa cuestión nos conduce inevitablemente hacia otra idea.

La esperanza.

Capítulo VII

La obstinación de la esperanza

Hay algo extraño en los seres humanos.

Sabemos que vamos a morir.

Sabemos que perderemos personas que amamos.

Sabemos que nuestros proyectos pueden fracasar.

Sabemos que el sufrimiento forma parte de la existencia.

Y aun así esperamos.

No siempre de manera grandiosa.

No siempre de forma consciente.

A veces la esperanza adopta gestos mínimos.

Preparar una comida para mañana.

Plantar una semilla.

Comenzar un libro.

Hacer una promesa.

En cada uno de esos actos existe una confianza silenciosa en el futuro.

Una confianza que no posee garantías.

La esperanza no es una certeza.

Si lo fuera, dejaría de ser esperanza.

Nadie espera aquello que ya conoce.

Esperamos precisamente porque ignoramos.

Porque el mañana permanece abierto.

Porque todavía no ha sido escrito.

Tal vez por eso la esperanza convive tan bien con la incertidumbre.

No intenta eliminarla.

Aprende a caminar junto a ella.

Existe una imagen equivocada de la esperanza.

La imaginamos como un optimismo permanente.

Como una actitud incapaz de reconocer el dolor.

Como una especie de sonrisa obligatoria frente a cualquier dificultad.

Pero esa no es la esperanza.

Eso es negación.

La esperanza auténtica mira de frente las heridas.

Reconoce las pérdidas.

Acepta la fragilidad.

Y aun así se niega a concluir que todo está perdido.

No porque posea pruebas.

Porque se resiste a reducir la realidad a lo peor que ha ocurrido.

Una persona desesperada cree que el futuro ya ha sido decidido.

Una persona esperanzada acepta que todavía existe una posibilidad.

Por pequeña que sea.

Por incierta que sea.

La diferencia parece mínima.

A veces transforma una vida.

La esperanza no necesita ser inmensa.

Las grandes tormentas no se vencen únicamente con grandes fuerzas.

Muchas veces se atraviesan gracias a pequeñas razones para continuar.

Una conversación pendiente.

Una persona querida.

Un amanecer más.

Un proyecto inacabado.

Algo tan sencillo como eso puede sostener a alguien durante períodos difíciles.

Quizá porque la esperanza no vive principalmente en las teorías.

Vive en las direcciones.

Nos orienta.

Nos empuja hacia adelante.

Nos recuerda que el presente no posee la última palabra sobre todo lo que puede llegar a ocurrir.

Los seres humanos hemos demostrado una capacidad extraordinaria para reconstruirnos.

Después de guerras.

Después de pérdidas.

Después de catástrofes.

Después de fracasos personales.

Una y otra vez aparecen personas que vuelven a empezar.

No porque olviden.

No porque nieguen el daño sufrido.

Sino porque descubren que la vida conserva posibilidades incluso entre las ruinas.

Un bosque incendiado parece muerto.

Sin embargo, bajo la tierra continúan trabajando raíces invisibles.

Meses después aparecen los primeros brotes.

La naturaleza conoce algo acerca de la persistencia.

Nosotros también.

Hay quienes consideran que la esperanza es una ilusión.

Quizá tengan razón en algunos casos.

Existen esperanzas ingenuas.

Esperanzas que ignoran la realidad.

Esperanzas que confunden deseo con verdad.

Pero también existe una esperanza más humilde.

Menos arrogante.

Una esperanza que no afirma saber cómo terminará la historia.

Simplemente se niega a abandonarla antes de tiempo.

Esa esperanza no promete finales felices.

Promete compañía durante el camino.

Y tal vez eso sea suficiente.

Después de todo, gran parte de la existencia transcurre sin respuestas definitivas.

No sabemos por qué nacimos exactamente en este momento de la historia.

No sabemos cuánto tiempo viviremos.

No sabemos qué ocurre después de la muerte.

No sabemos si existe un propósito último para el universo.

La lista podría continuar indefinidamente.

Y sin embargo seguimos adelante.

Amamos.

Creamos.

Aprendemos.

Perdonamos.

Intentamos comprender.

Algo dentro de nosotros insiste.

Como una llama pequeña protegida entre las manos.

La esperanza se parece a esa llama.

No ilumina todo el horizonte.

Apenas permite ver el siguiente paso.

Pero a veces el siguiente paso es suficiente.

Quizá hemos esperado respuestas demasiado grandes.

Quizá hemos querido una certeza capaz de eliminar todas las dudas.

La vida rara vez concede semejante privilegio.

Lo habitual es otra cosa.

Un poco de claridad.

Un poco de oscuridad.

Un poco de conocimiento.

Un poco de misterio.

La esperanza acepta esa mezcla.

No exige una explicación total para continuar viviendo.

Le basta con encontrar motivos parciales.

Motivos humanos.

Motivos concretos.

Un rostro.

Una tarea.

Un afecto.

Una búsqueda.

Algo que justifique levantarse una vez más.

Tal vez ahí resida su verdadera fuerza.

No en prometer eternidades.

Sino en sostener el presente.

No en resolver el misterio.

Sino en impedir que el misterio nos paralice.

Porque la esperanza no elimina la muerte.

La coloca en perspectiva.

Nos recuerda que la finitud es una parte de la historia, pero no necesariamente su significado completo.

Y quizá sea entonces cuando aparece una pregunta más profunda.

Si la muerte nos espera a todos, y si aun así seguimos viviendo, amando y esperando, ¿qué es exactamente aquello que somos?

¿Qué clase de ser es capaz de conocer su final y, sin embargo, continuar caminando hacia él?

Capítulo VIII

La criatura que sabe que va a morir

Entre todas las cosas extrañas que existen en el universo, quizá la conciencia sea una de las más desconcertantes.

Las montañas existen.

Los ríos existen.

Las estrellas existen.

Pero, hasta donde sabemos, no se preguntan por su propia existencia.

Nosotros sí.

No solamente vivimos.

Sabemos que vivimos.

Y, más inquietante todavía, sabemos que dejaremos de vivir.

Esa conciencia parece pequeña.

En realidad, transforma por completo la experiencia humana.

Un animal puede huir del peligro.

Nosotros también.

Pero además podemos imaginar peligros futuros.

Podemos recordar pérdidas pasadas.

Podemos anticipar nuestra propia muerte.

Vivimos simultáneamente en el presente y en territorios que sólo existen dentro de la mente.

Quizá por eso la vida humana resulta tan compleja.

No habitamos únicamente el mundo.

Habitamos también nuestras interpretaciones del mundo.

Cada persona lleva consigo una realidad invisible.

Recuerdos.

Sueños.

Temores.

Esperanzas.

Historias.

Nadie puede ver directamente ese paisaje interior.

Y sin embargo es allí donde ocurren algunas de las experiencias más importantes de la existencia.

Existe una pregunta que ha acompañado a filósofos, místicos y científicos durante siglos.

¿Qué somos exactamente?

La pregunta parece sencilla.

No lo es.

Podemos responder que somos cuerpos.

Y es verdad.

El cuerpo nos acompaña desde el nacimiento.

Respira.

Crece.

Envejece.

Siente hambre.

Siente placer.

Siente dolor.

Todo cuanto hacemos ocurre a través de él.

Pero la respuesta parece incompleta.

Porque además de cuerpo experimentamos algo más.

Pensamos.

Recordamos.

Imaginamos.

Nos preguntamos.

Hay una dimensión interior que resulta difícil de reducir únicamente a huesos, músculos y neuronas.

Esto no demuestra que exista un alma inmortal.

Tampoco demuestra lo contrario.

Simplemente señala un misterio.

La conciencia continúa siendo uno de los grandes enigmas.

Sabemos que existe porque la experimentamos.

Pero comprender qué es exactamente sigue siendo una tarea inconclusa.

Algunos creen que somos materia organizada de manera extraordinariamente compleja.

Otros creen que existe en nosotros una dimensión espiritual.

Otros consideran que ambas cosas forman parte de una misma realidad observada desde perspectivas diferentes.

La discusión continúa abierta.

Quizá continúe abierta durante mucho tiempo.

Lo interesante es que, más allá de las respuestas, la pregunta persiste.

Y esa persistencia revela algo importante.

Los seres humanos no nos conformamos únicamente con existir.

Queremos comprender qué significa existir.

Queremos saber quién observa detrás de nuestros ojos.

Quién recuerda.

Quién ama.

Quién teme.

Quién formula todas estas preguntas.

Sin embargo, cuanto más intentamos capturarnos a nosotros mismos, más resbaladiza parece la tarea.

Imaginemos que alguien nos pregunta quiénes somos.

Probablemente mencionemos nuestro nombre.

Nuestra profesión.

Nuestra historia.

Nuestros vínculos.

Pero ninguna de esas cosas parece agotar la respuesta.

El nombre puede cambiar.

La profesión puede cambiar.

Las circunstancias pueden cambiar.

Y aun así sentimos que seguimos siendo nosotros.

Existe una continuidad difícil de explicar.

Algo que permanece mientras casi todo lo demás se transforma.

Un río cambia constantemente de agua.

Sin embargo seguimos llamándolo por el mismo nombre.

Quizá la identidad humana se parezca un poco a eso.

No somos una estatua inmóvil.

Somos un proceso.

Un movimiento.

Una historia que se escribe mientras avanza.

Tal vez por eso resulte tan difícil señalar el instante exacto en que alguien se convierte en quien es.

No existe tal instante.

Nos vamos convirtiendo.

Poco a poco.

A través de encuentros.

Decisiones.

Pérdidas.

Descubrimientos.

La identidad no parece una posesión.

Parece una construcción.

Y toda construcción permanece inacabada mientras vivimos.

La muerte introduce aquí una dificultad adicional.

Si somos una historia, ¿qué ocurre cuando la historia termina?

Si somos una conciencia, ¿qué ocurre cuando el cuerpo deja de funcionar?

¿Se extingue todo?

¿Permanece algo?

La honestidad obliga a reconocer que no lo sabemos.

Podemos creer.

Podemos sospechar.

Podemos argumentar.

Pero no poseemos una certeza definitiva.

Quizá esta falta de certeza resulte frustrante.

También puede ser liberadora.

Nos recuerda que existen límites para nuestro conocimiento.

Límites que no necesariamente constituyen un fracaso.

El horizonte no es una derrota de la mirada.

Es simplemente el punto donde la mirada deja de alcanzar.

La muerte podría ser uno de esos horizontes.

Sabemos que está allí.

Podemos aproximarnos.

Podemos reflexionar sobre ella.

Pero no podemos observar qué hay más allá desde nuestra condición actual.

Y sin embargo, incluso sin respuestas definitivas, una intuición parece repetirse a lo largo de la experiencia humana.

La sensación de que una vida es más que la suma de sus componentes.

Más que un conjunto de células.

Más que una colección de recuerdos.

Más que una secuencia de acontecimientos.

Cuando alguien muere, no sentimos únicamente que un cuerpo ha dejado de funcionar.

Sentimos que algo singular ha desaparecido.

Una manera irrepetible de mirar el mundo.

Una voz.

Una sensibilidad.

Una presencia.

Algo que no puede reemplazarse.

Cada ser humano parece introducir una perspectiva única en el universo.

Y cuando esa perspectiva desaparece, algo desaparece con ella.

Tal vez sea eso lo que lamentamos en el fondo.

No sólo una ausencia.

La pérdida de una forma irrepetible de existencia.

Pero esta observación nos conduce hacia otra pregunta.

Si cada vida constituye una expresión única de la realidad, ¿es posible que esa singularidad desaparezca por completo?

¿O existe alguna forma de permanencia que todavía no hemos considerado?

Capítulo IX

La posibilidad de permanecer

Después de acompañar a la muerte durante tantas páginas, resulta inevitable regresar a la pregunta inicial.

¿Qué queda de nosotros?

La cuestión parece sencilla.

Sin embargo, contiene siglos de incertidumbre.

Tal vez porque no preguntamos únicamente qué permanece.

Preguntamos si nosotros permanecemos.

Y ambas cosas no son exactamente lo mismo.

Sabemos que ciertas consecuencias sobreviven a quienes las produjeron.

Las palabras continúan resonando.

Las acciones siguen desplegando efectos.

Las vidas dejan huellas.

Eso ya lo hemos visto.

Pero la pregunta más difícil apunta en otra dirección.

¿Permanece el sujeto que amó, recordó, soñó y sufrió?

¿Permanece aquello que llamamos "yo"?

Aquí comienzan las hipótesis.

Las creencias.

Las intuiciones.

Los silencios.

Algunas tradiciones afirman que existe en nosotros una dimensión capaz de atravesar la muerte.

Algo que no pertenece por completo al cuerpo.

Algo que sobrevive.

Un alma.

Un espíritu.

Una conciencia que continúa de alguna manera.

Para millones de personas, esa posibilidad no es una teoría.

Es una convicción.

Una fuente de consuelo.

Una manera de comprender la existencia.

Otras perspectivas sostienen exactamente lo contrario.

Consideran que la conciencia depende enteramente del cuerpo.

Cuando el cuerpo desaparece, desaparece también la experiencia consciente.

Según esta visión, la muerte constituye el final definitivo.

No existe un segundo acto.

No existe una continuación.

Sólo el silencio.

Ambas respuestas intentan iluminar el mismo misterio.

Y ambas tropiezan con una dificultad inevitable.

La falta de evidencia concluyente.

La muerte permanece cerrada a nuestra observación directa.

Podemos acercarnos a su umbral.

No atravesarlo y regresar con una explicación definitiva.

Por eso el debate continúa.

Y probablemente continuará.

Pero quizá exista otra manera de acercarse al problema.

No preguntando qué sabemos.

Sino preguntando qué intuimos.

Hay experiencias humanas que producen una impresión extraña.

La contemplación de la belleza.

El amor profundo.

La sensación de pertenecer a algo más grande que uno mismo.

La experiencia del asombro.

Momentos en los que la realidad parece adquirir una profundidad inesperada.

Nada de esto demuestra la inmortalidad.

Sería exagerado afirmarlo.

Sin embargo, tampoco parece reducirse fácilmente a una simple ilusión.

Hay instantes que nos hacen sospechar que la existencia posee más dimensiones de las que alcanzamos a comprender.

Quizá esa sospecha explique por qué la idea de trascendencia aparece una y otra vez en culturas tan diferentes.

No necesariamente porque todas posean la misma respuesta.

Tal vez porque todas reconocen el mismo misterio.

El ser humano parece vivir entre dos intuiciones opuestas.

Por un lado, la evidencia de la finitud.

Todo termina.

Todo cambia.

Todo se transforma.

Por otro lado, una persistente sensación de profundidad.

Como si la realidad no pudiera agotarse completamente en aquello que vemos.

Habitamos la tensión entre ambas.

No podemos demostrar que exista algo más.

Tampoco podemos demostrar de manera absoluta que no exista.

La incertidumbre permanece.

Y quizá deba permanecer.

Hay preguntas cuya función no consiste en producir respuestas inmediatas.

Consiste en ensanchar la mirada.

La pregunta por la permanencia parece pertenecer a esa categoría.

Nos obliga a considerar posibilidades.

A reconocer límites.

A convivir con el misterio.

Tal vez la sabiduría consista menos en resolver el enigma que en relacionarse correctamente con él.

Ni credulidad ingenua.

Ni negación apresurada.

Apertura.

Humildad.

Atención.

Después de todo, el universo ya era inmenso antes de que apareciéramos.

Y probablemente seguirá siendo inmenso después.

Resultaría extraño que una conciencia tan limitada como la nuestra pudiera abarcarlo por completo.

Quizá algunas respuestas estén más allá de nuestro alcance.

Eso no significa que la pregunta sea inútil.

Significa que la pregunta es más grande que nosotros.

Hay quienes encuentran paz creyendo en una continuidad más allá de la muerte.

Hay quienes encuentran paz aceptando que no existe ninguna.

Ambas posiciones pueden convivir con dignidad cuando reconocen sus propios límites.

Lo que suele resultar más problemático no es la duda.

Es la arrogancia.

La pretensión de haber agotado el misterio.

Tal vez ninguna mente humana haya llegado tan lejos.

Mientras tanto, seguimos aquí.

Habitando este intervalo extraño entre el nacimiento y la muerte.

Preguntando.

Buscando.

Amando.

Esperando.

Quizá eso también sea significativo.

Quizá la búsqueda forme parte de la respuesta.

Y quizá la pregunta por lo que permanece esconda otra aún más importante.

No qué ocurrirá cuando ya no estemos.

Sino qué haremos con el hecho de estar aquí ahora.

Capítulo X

El instante irrepetible

Durante gran parte de este recorrido hemos mirado hacia adelante.

Hacia la muerte.

Hacia el futuro.

Hacia aquello que podría ocurrir después del último día.

Ahora conviene regresar.

Volver al único lugar donde la vida sucede realmente.

El presente.

Parece una afirmación obvia.

Sin embargo, pocas cosas resultan tan difíciles de habitar.

Pasamos buena parte de nuestra existencia recordando lo que ya ocurrió o anticipando lo que todavía no ha ocurrido.

Vivimos entre memorias y expectativas.

Entre nostalgias y proyectos.

Entre arrepentimientos y esperanzas.

Mientras tanto, el instante presente continúa deslizándose silenciosamente entre nuestras manos.

Quizá porque el presente carece de espectacularidad.

No suele anunciarse.

No reclama atención.

Simplemente ocurre.

Una respiración.

Una conversación.

La luz entrando por una ventana.

El sonido lejano de una lluvia.

Pequeñas cosas.

Casi siempre pequeñas cosas.

Y, sin embargo, toda la vida está hecha de ellas.

No existe otro material.

Cuando imaginamos una existencia significativa solemos pensar en grandes acontecimientos.

Decisiones extraordinarias.

Momentos memorables.

Pero si observamos con atención descubrimos algo distinto.

La mayor parte de una vida transcurre en escenas aparentemente comunes.

Desayunos.

Caminatas.

Encuentros.

Silencios compartidos.

Tardes sin importancia histórica.

La existencia no está compuesta principalmente por excepciones.

Está compuesta por días.

Y los días están compuestos por instantes.

Tal vez por eso la muerte posee una enseñanza silenciosa.

Nos recuerda que cada momento ocurre una sola vez.

Habrá otras mañanas.

Pero no esta mañana.

Habrá otras conversaciones.

Pero no esta conversación.

Habrá otras lluvias.

Pero no la lluvia que cae ahora.

Todo instante es irrepetible.

No porque sea perfecto.

Porque es único.

Existe una tendencia humana a imaginar que la vida verdadera comenzará más adelante.

Cuando resolvamos ciertos problemas.

Cuando alcancemos determinadas metas.

Cuando desaparezcan ciertas dificultades.

Siempre un poco más adelante.

Siempre después.

Como si el presente fuera apenas una sala de espera.

Pero la vida no parece compartir esa opinión.

La vida insiste en ocurrir ahora.

Incluso cuando estamos distraídos.

Incluso cuando estamos preocupados.

Incluso cuando creemos estar preparándonos para algo más importante.

No hay ensayo general para la existencia.

La función ya está en marcha.

Esto no significa que debamos abandonar los proyectos.

Ni ignorar el futuro.

Planificar también forma parte de vivir.

Recordar también.

El problema aparece cuando sacrificamos completamente el presente en nombre de aquello que todavía no existe.

Cuando convertimos el ahora en un simple instrumento.

En un puente.

En un trámite.

Como si el valor siempre estuviera en otra parte.

Quizá la conciencia de la muerte pueda ayudarnos a corregir esa tendencia.

No mediante el miedo.

Mediante la claridad.

Si el tiempo es limitado, entonces cada instante posee un peso particular.

No porque sea solemne.

Porque es insustituible.

La finitud transforma la percepción.

Una flor que durará para siempre puede esperar.

Una flor que desaparecerá mañana merece atención hoy.

Algo parecido ocurre con las personas.

Con las palabras.

Con las oportunidades.

La muerte convierte la indiferencia en una forma de ceguera.

Nos recuerda que aquello que ignoramos podría no volver.

Por supuesto, nadie puede vivir constantemente consciente de esta realidad.

Sería agotador.

Necesitamos cierta despreocupación para atravesar los días.

Pero quizá convenga recordar de vez en cuando algo muy simple.

Estamos aquí.

Ahora.

Y eso ya es extraordinario.

No porque seamos especiales.

Porque la existencia misma resulta extraordinaria.

Que exista algo en lugar de nada.

Que haya conciencia.

Que haya amor.

Que haya belleza.

Que haya preguntas.

Nada de eso era inevitable.

A menudo nos acostumbramos tanto a las cosas que dejamos de percibir su rareza.

El hábito es un gran anestesista.

Convierte los milagros cotidianos en paisaje.

El amanecer se vuelve rutina.

La compañía se vuelve costumbre.

La vida se vuelve obvia.

Hasta que una pérdida nos obliga a verla nuevamente.

Quizá la sabiduría consista, al menos en parte, en recuperar esa capacidad de asombro sin necesidad de esperar una tragedia.

Mirar como si todavía no nos hubiéramos acostumbrado.

Escuchar como si el tiempo fuera breve.

Agradecer sin necesidad de poseer certezas absolutas.

Después de todo, el sentido podría no encontrarse en algún lugar distante.

Podría estar ocurriendo continuamente frente a nosotros.

En las conversaciones sinceras.

En el trabajo bien realizado.

En los vínculos que cuidamos.

En los momentos de belleza.

En los actos de generosidad.

En las preguntas que seguimos haciendo.

Quizá la vida no sea un problema destinado a resolverse.

Quizá sea una realidad destinada a experimentarse.

Una travesía más que una respuesta.

Una música más que una definición.

Y si esto es así, entonces la cuestión fundamental ya no consiste en descubrir cómo evitar la muerte.

Ni siquiera en descubrir qué ocurre después.

Consiste en aprender a habitar plenamente el tiempo que tenemos.

Porque el misterio permanece.

La incertidumbre permanece.

La muerte permanece.

Pero también permanece algo más.

La posibilidad de vivir conscientemente dentro de ese misterio.

Y tal vez esa posibilidad sea uno de los regalos más extraños y valiosos de la condición humana.

Capítulo XI

Bajo la misma noche

Hemos recorrido un largo camino.

Comenzamos con la muerte.

Con esa certeza silenciosa que acompaña toda existencia humana.

Después hablamos de la memoria.

De las huellas.

Del amor.

Del sufrimiento.

De la esperanza.

De la conciencia.

De la posibilidad de permanecer.

Y finalmente regresamos al instante presente.

Sin embargo, las preguntas continúan allí.

Esperándonos.

Quizá eso no sea un fracaso.

Quizá sea parte de la condición humana.

Vivimos en una época que admira las respuestas.

Queremos definiciones.

Explicaciones.

Conclusiones.

Pero algunas de las cuestiones más importantes parecen resistirse a ese tratamiento.

La muerte es una de ellas.

Podemos describirla.

Podemos rodearla con palabras.

Podemos construir teorías acerca de lo que ocurre después.

Pero el misterio permanece.

Y tal vez permanezca siempre.

A primera vista, esto podría parecer desalentador.

Sin embargo, existe otra manera de mirarlo.

Tal vez el valor de una pregunta no dependa exclusivamente de su respuesta.

Algunas preguntas transforman a quien las formula.

La pregunta por la muerte es una de ellas.

Nos obliga a examinar nuestras prioridades.

Nos recuerda la fragilidad del tiempo.

Nos invita a distinguir entre lo esencial y lo accesorio.

Nos enfrenta con la realidad de nuestra finitud.

Y precisamente por eso puede enseñarnos algo acerca de la vida.

No sabemos cuánto tiempo estaremos aquí.

Nadie lo sabe.

Todos avanzamos hacia el mismo horizonte.

Con distintas edades.

Distintas historias.

Distintas creencias.

Pero bajo la misma condición.

Somos viajeros temporales.

Habitantes de un intervalo.

Quizá esa sea una de las verdades más democráticas de la existencia.

La muerte no distingue entre ricos y pobres.

Entre sabios e ignorantes.

Entre poderosos y débiles.

Tarde o temprano nos iguala a todos.

Y sin embargo, aquello que hacemos con el tiempo disponible nunca es idéntico.

Ahí aparece la singularidad.

Cada vida constituye una respuesta distinta a la misma pregunta.

Algunas respuestas son generosas.

Otras son crueles.

Algunas están llenas de miedo.

Otras de valentía.

La mayoría contiene una mezcla de ambas cosas.

Nadie atraviesa el mundo de manera perfecta.

Todos improvisamos.

Todos nos equivocamos.

Todos intentamos comprender algo que siempre nos excede.

Quizá por eso convenga ser más humildes.

Con nosotros mismos.

Y con los demás.

Cada persona que encontramos está enfrentando el mismo misterio.

Está intentando vivir.

Está intentando encontrar sentido.

Está intentando cargar con sus pérdidas.

Está intentando amar a pesar de la fragilidad.

A veces lo consigue.

A veces no.

Pero la búsqueda es compartida.

Mirado desde cierta distancia, el ser humano resulta una criatura extraña.

Aparece durante un instante en un universo inmenso.

Hace preguntas para las cuales no posee respuestas definitivas.

Ama sabiendo que perderá.

Construye sabiendo que todo se transformará.

Espera sabiendo que no controla el futuro.

Y aun así continúa.

Hay algo profundamente admirable en esa persistencia.

No porque garantice el éxito.

Porque revela una forma particular de dignidad.

La dignidad de quien sigue caminando sin poseer todas las certezas.

Quizá ahí se encuentre una parte del sentido.

No en resolver completamente el misterio.

Sino en la manera en que habitamos el misterio.

En la forma en que tratamos a otros seres humanos.

En la atención que prestamos a lo que amamos.

En el cuidado con que atravesamos nuestros días.

No sabemos si algo de nosotros sobrevive a la muerte.

No sabemos si existe una memoria más vasta que todas las memorias.

No sabemos si la conciencia continúa de algún modo que todavía no comprendemos.

Tal vez sí.

Tal vez no.

La honestidad exige reconocer ambas posibilidades.

Pero incluso dentro de esa incertidumbre existe algo que sí podemos afirmar.

Estamos aquí.

Hemos estado aquí.

Y eso importa.

Importa cada acto de bondad.

Importa cada gesto de amor.

Importa cada intento sincero de comprender.

Importa cada momento en que alguien decidió iluminar, aunque fuera mínimamente, la vida de otra persona.

Nada de ello responde definitivamente a la pregunta por la muerte.

Pero quizá responde parcialmente a la pregunta por la vida.

Al final, tal vez nos parezcamos un poco a las estrellas.

Nacemos.

Brillamos durante un tiempo.

Y desaparecemos.

Ignoramos cuánto dura realmente nuestra luz.

Ignoramos hasta dónde llega.

Ignoramos quién la verá.

Pero mientras exista, ilumina.

Y acaso eso sea suficiente.

Porque la noche seguirá siendo vasta.

El misterio seguirá siendo profundo.

Las preguntas seguirán abiertas.

Y nosotros, por un breve e irrepetible instante, habremos formado parte de ellas.